

proporciones, hizo la donación de Ainsa su primera conquista y, recordando que en aquella cueva había estado su trono, quiso también que en ella estuviera su tumba y señalóla por lo mismo para su morada y sepulcro.

Garcí Jimenez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus estados con su triunfadora espada, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros que se creyó irremisiblemente perdido. En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió sobre una encina una cruz roja. Semejante prodigio, dicen las leyendas, fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento y para perpetuar el hecho, pintó la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe* derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol*.

Interin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habían de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Feliz bajaban al sepulcro siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla al lado de San Juan de Atares, y dicen las piadosas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían.

Así desaparecieron del número pero no de la memoria de los hombres, aquellos dos justos y piadosos varones cuya vida fué dignamente empleada en el servicio de Dios y de la patria; así terminaron sus días aquellos dos corazones leales y patriotas que en el modesto albergue eremítico y cubiertos con la penitente holapanda, nutrieron las ideas de libertad y de independencia que debían por largos años hacer la felicidad de un pueblo y ser la norma de los reyes.

Oh! es una santa causa la de la libertad cuando tiene tantos corazones puros y rectos que se sacrifican por ella.

Dos hombres no menos piadosos y no menos dignos, Benedicto y Marcelo, fueron á ocupar el lugar que dejaba vacante la muerte de Voto y Feliz y á constituirse en imitadores de los dos hermanos al propio tiempo que se hacían guardas de su sepulcro venerado.

De todos puntos empezaron entonces á partir caravanas de romeros y peregrinos que iban piadosamente á visitar las tumbas de Voto y Feliz, de los dos hermanos que tuvieron para aquel pueblo naciente el triple carácter de guerreros, sacerdotes y legisladores.

Así es como dió principio la fama y el esplendor que en tiempos posteriores debía envolver á San Juan de la Peña, la cuna de las inmortales libertades de Aragon.

IV.

UNA PEREGRINACION.

LA ERMITA DE LA VIRGEN DE LA VICTORIA. — EL CASTILLO DE ATARÉS. — EL MONASTERIO DE SANTA CRUZ DE LA SERÓS. — SAN JUAN DE LA PEÑA.

Mucho tiempo ha pasado ya, pero no lo olvidaré jamás ese recuerdo de mis buenos días.

Yo tenía entonces un amigo, pobre amigo mío! de alma escéntrica y naturaleza poética, corazón leal y mano franca que, convidado al festín de la vida, asomaba su rostro pálido orlado de una sedosa cabellera negra y paseaba por los semblantes de los demás huéspedes convidados la mirada triste é indiferente del alma, que, envuelta en su ascético entusiasmo, vive del idealismo y de sus goces en un mundo mejor y más perfecto. Todos le querían como á un amigo. Yo le amaba como á un hermano.

Hoy vive sepultado en el seno de esa turba de gigantes que se llaman *los Pirineos*. Que mi saludo fraternal vaya á encontrarle á su modesta morada y le felicite como un cariñoso recuerdo de los buenos días!

Una tarde vino á verme y me dijo:

— Parto.

— A donde vas?

— A mi país, á Jaca. Irás á visitarme?

— Qué se yo!

— Haríamos una peregrinación á San Juan de la Peña, al sitio clásico de la libertad.

— Iré pues.

Y fuí.

Larrosa me recibió con los brazos abiertos, y, poeta y artista, me hizo

espléndidamente los honores de Jaca, de la Ghakat árabe, la ciudad de los célebres fieros, de los hazañosos fastos y de la poética historia, la ciudad que duerme, cual un leon acurrucado, á los piés del monte Uruel, su celoso y constante guarda, que la vigila con la misma inmovilidad y cuidado con que en el *forum* de Roma vigilaba el arquero de bronce la lámpara de luz eterna del májico Virgilio.

— Mañana á San Juan de la Peña; — me dijo una noche Larrosa.

— Me tardaba ya, — le contesté.

En efecto, San Juan de la Peña es un nombre májico no solo para todo aragonés sino para todo español.

Nos levantamos con el alba. Salimos de la vencedora Jaca por la puerta que comunica á la bella ciudadela edificada en el reinado de Felipe II, y ya el sol doraba con sus rayos vírgenes el ancho valle regado por el bullicioso Aragon, cuando pasamos por delante de una ermita ruinoso.

— La ermita de la Virgen de la Victoria! — me dijo Larrosa viendo que la contemplaba.

— Estoy en un país, — le contesté, — que se parece á los de las *mil y una noches*. No hay edificio que no tenga su historia, árbol que no recuerde una leyenda y piedra sobre la que no se funde una crónica. Esta ermita debe pues tener su tradicion.

— Y la tiene en efecto.

— Quiéres referírmela para entretener el camino?

— Con mucho gusto.

Y empezó así:

«Conquistada la ciudad de Jaca por Don Aznar, primer conde de Aragon, guerrero esforzado cuanto distinguido por su real prosapia, uniéronse cuatro reyes ó adalides moros para restituirla al dominio agareno. Orgullecidos los hijos del Pirene con algunas victorias, salen al encuentro de las poderosas huestes del profeta.

«A orillas del rio que dió nombre al reino, trábase una horrible y desigual pelea: cruje el alfanje sobre los robustos miembros del guerrero cristiano que vibra su espada y su maza impelidas por el santo ardor de la independencia, del patriotismo y de la libertad.

«Los guerreros de aquellos remotos siglos no eran los afeminados caballeros que en tiempos mas posteriores inventaron los torneos y las justas para solaz de hermosas cortesanas: en el siglo octavo en que pasó esta memorable batalla, toda España habia sido invadida por las huestes agarenas, y los po-

cos cristianos que habian opuesto resistencia á aquel torrente de infieles, refugiándose en las enriscadas cumbres de Cantabria y Aragon, acostumbrados á luchar con los ventisqueros y las nieves de los Pirineos, eran atletas bruscos y robustos, vestían el hierro como si fuera leve seda, y empuñaban aquellas poderosas mazas con las cuales en la famosa jornada de Alcoraz donde se apareció por vez primera San Jorge, protector de estos reinos, dice el padre Albarca, que magullaban una cabeza en cada golpe dejándolos en tierra como muertos, y fué la causa de la exageracion en el número de cadáveres en aquella memorable batalla.

«Para cada cristiano peleaban cien agarenos, y el buen conde Don Aznar veía con amargura poblarse los campos que hoy conservan el nombre de *las tendas* con nuevos ejércitos que parecían iban á tragarse el reducido escuadron de aragoneses que invocando al Dios de Israel penetraban denodados para volver bañados en sangre de infieles. Mas, ay! la fuerza vencía, eran en vano sus desesperados esfuerzos, y los cuatro reyes coligados veían ya seguro su triunfo.

«En este conflicto, oyóse una gritaría inmensa en el ejército moro. Lejiones enteras se entregaban á la mas vergonzosa huida, y no podían los cristianos adivinar la causa de aquella estraña cobardía.

«Veamos lo que sucedía en la ciudad.

«Envueltos en llanto y amargura se hallaban amontonados en el templo los ancianos, los niños y las mujeres rogando por sus padres, hijos y esposos que se lanzaron en defensa de la libertad contra enemigos tan poderosos. Doliente y triste coro formaban los lamentos de aquella muchedumbre angustiada: oíase á lo lejos el estruendo de la batalla y la incertidumbre agitaba sus corazones....

«Levantóse de pronto la esposa de Don Aznar y....

«— Corramos, dijo, á morir con nuestros esposos y hermanos. Si aquí nos quedamos seremos presa para sus serrallos, y la deshonra y la esclavitud será nuestra mejor suerte. Corramos al campo y muramos en sus brazos sirviéndoles de escudos con nuestros cuerpos.

«Dijo; bélico ardor se apoderó de aquellas nuevas amazonas, y se dirijieron al sitio de la fatal pelea en silenciosa fila.

«Iban vestidas con corpiños blancos que el sol reflejaba imitando el fulgor de bruñidas armaduras, y al ver desde lejos los mahometanos el mugeril ejército, creyéronle un refuerzo que enviaba el rey de los franceses y huyeron vergonzosamente. Al verlos huir, los cristianos toman aliento, pelean con mas ardor arrollando sus numerosas huestes, el rio Aragon aumenta (tal vez

por milagro del cielo) su espumosa corriente, y perecen á millares en las aguas invocando á Alá y lidiando con las ondas bramadoras.

«Cuando llegó el airoso escuadron, se oia ya el grito de victoria y en vez de morir con ellos, cayeron en los cansados brazos de sus padres y esposos para llorar de placer, limpiar el polvo de sus corazones y enjugar el sudor de sus tostados rostros. Hallaron en el campo los cadáveres de los cuatro adalides ó reyes, cortaron sus sangrientas cabezas y las subieron en triunfo hasta la ciudad que habia quedado abandonada.

«En solemnidad de esta famosa jornada, todos los años en el primer viernes del mes de mayo, las autoridades de la ciudad seguidas de un numeroso pueblo y llevando las cuatro cabezas, salen en procesion hasta la ermita edificada en la cumbre desde donde descubrieron los infieles el escuadron de mugeres, y en tiempos no muy remotos se hacia un vistoso simulacro de esta batalla (1).»

Entretenidos con la curiosa leyenda, siguiéramos andando sin ver que habíamos dejado atrás la ermita de la Victoria y que habíamos ya cruzado por el *campo de las tiendas*. Nos hallábamos ya junto al rio Aragon cuyas olas engulle-ron á los incautos árabes.

Bello, delicioso es el camino que de Jaca conduce al monasterio de San Juan de la Peña. A cada paso se detiene la asombrada vista ante un paisaje montañoso que despliega sus salvajes picos como un ave nocturna sus alas, ante un riente panorama que estiende sus campos de esmeraldas y topacios, ó ante una morisca torre que cual la que allí llaman la Torraza, asoma sobre un cerro y eleva su frente destrozada y cubierta de musgo entre dispersos restos de muralla.

Llegamos á la falda de los montes que rodean como centinejas de honor el de San Juan de la Peña que alza orgulloso su sombría cumbre del Cúculo. La tortuosa senda que seguíamos, se veia orillada como de una franja de plata por un arroyo de murmurantes ondas que se introduce por el estrecho que forman dos enriscadas montañas vestidas de copudas encinas.

Bien pronto vimos aparecer en el fondo como un cuadro en miniatura delineado sobre el vasto lienzo de un paisaje, el pueblo de Atarés tan famoso en los primeros tiempos de la historia aragonesa. Allí están dormidas sobre

(1) Esta bella tradicion se ha copiado íntegra de «un viaje á San Juan de la Peña» que escribió y publicó el citado poeta Don Gregorio Amado Larrosa. La ermita de la Virgen de la Victoria está hoy unida á un cementerio como antes lo habia estado tambien á un convento de carmelitas descalzas del que se ven las ruinas.

un cerro las ruinas del célebre castillo que erijiera el conde D. Galindo, solar de esclarecida prosapia, cuna de buenos caballeros, morada de altivos varones, que hoy derrama sus escombros sobre la vertiente de la colina y entre los cuales se alza la gigantesca torre solitaria con sus dos ventanas gemelas de arco semicircular que, ojos sin pupila, custodian los restos de su pasada grandeza y esplendor. Diez siglos, es decir diez horas del cuadrante de la eternidad se han estrellado sobre esta torre, y aun se alza orgullosa entre sus harapos, como un dia se alzó altiva entre su lujo de guerra. Y no es del todo vano su orgullo. Si ayer fué morada de condes, los héroes de la historia, hoy es nido de águilas, los héroes de las montañas.

Saludamos aquellas ruinas con todo el religioso respeto con que pueden saludarlas dos corazones de poetas peregrinos y pasamos adelante.

El sol vestia con un manto espléndido de luz las rocas de las montañas donde blanqueaba la nieve que eternamente cubre con plateada cabellera sus calvas cimas, cuando llegamos á la última falda del monte sobre el cual se eleva la fábrica del real monasterio.

En una sombría y secreta quiebra al mediodía del monte se divisa el risueño pueblo de Santa Cruz con su antiguo campanario, mientras que por encima una bordada bóveda de corpulentos y agrupados nogales se destacan sobre el caprichoso fondo de las peñas las rojizas ruinas de un monasterio bizantino.

Ay! siempre ruinas!

Nos separamos un momento de nuestro camino para ir á visitar lo que queda del monasterio de *Santa Cruz de La Serós*.

Fundábanlo por los años de 990 los reyes D. Sancho Garcés y su esposa Doña Urraca Fernandez, é iban á poblar sus celdas las *sorores* ó hermanas benedictinas á las cuales debian mas tarde presentarse reinas y princesas á demandar un asilo. Poco tiempo hacia que estaba fundado el monasterio cuando una de las hijas de Ramiro I se consagraba allí á Dios en la flor de su juventud, no tardando en ir á reunirse con ella sus otras dos hermanas Sancha y Teresa, viuda la primera del conde de Tolosa y la segunda del de Provenza, que buscaban una soledad para pasar la viudez orando al cielo por las almas de sus amantes esposos. Muchas reinas siguieron su ejemplo y siguiéronlo tambien muchas esposas de ricos homes que allí mandaron enterrar sus restos, como para que durmieran el sueño de la muerte junto á las austeras celdas donde sus inconsolables viudas oraban á Dios eternamente, recordándoles en sus plegarias.

Por lo que toca al monasterio, se llamó Santa Cruz de *La Serós* á causa

de la corrupcion del nombre latino de *sorores*, y fué abandonado en 1552 por las monjas que se trasladaron á Jaca, olvidando y dejando al cuidado del tiempo el demoler aquella perla bizantina de majestuoso aspecto que por cinco siglos las habia servido de morada.

Largo rato permanecemos contemplando aquellas poéticas ruinas. Allí no hay mas que un esqueleto, pero un esqueleto vestido con un manto bordado de joyas arquitectónicas. El convento ha desaparecido y de la iglesia yace hundida la parte inferior, pero lo que del templo queda es bastante espacioso para poder aun constituir un magnífico santuario. Airosas columnas de elegantes capiteles se alzan hasta la destrozada cornisa, rasgadas ventanas de arco semicircular adornan los muros laterales, y aun quedan en pié puertas marcadas con el lábaro imperial en que Constantino hizo grabar el divino monograma, mientras que entre las crecidas yerbas que alfombran el patio yacen dos sepuleros de piedra de estraña forma, viudos de las castas cenizas que ocuparan un dia su vacío.

Aun se mantiene tambien en pié y bastante conservada la cuadrada torre de remate octógano coronada por la piadosa cruz de hierro. Cuatro estrechas molduras que ciñen su mole como severos cinturones, la distribuyen en cuatro cuerpos ornados cada uno por ventanas de graciosos arcos que descansan sobre los festoneados capiteles de la columna, á la verdad no muy esbelta, que los divide. Lo demas todo es escombros melancólicamente vestidos por las bordadas yerbas que crecen invasoras trepando por las ruinosas paredes.

Partimos de allí con el pecho destrozado como el corazón del mismo monasterio que habíamos visitado, y fuimos á encontrar nuestro camino en una escabrosa cuesta terminada por enormes rocas donde la senda que forma espirales se oculta en un peñascoso torrente, inaccesible á primera vista, pero en el que no se tarda en hallar el paso abierto por la mano del hombre. Durante hora y media no hicimos otra cosa que costear hondos barrancos donde vive el eco solitario, y por los cuales se oye rodar con siniestro ruido la piedra desgajada por los piés del caminante. A cada vuelta de la senda veíamos abrirse mas profundas las cimas y nos veíamos suspendidos sobre abismos sin fondo que causan pasajero vértigo.

Llegamos á la cumbre, nos sentamos un momento, no tanto para descansar de la fatiga, cuanto para pasear nuestra mirada por una dilatada y hermosa perspectiva, que cierra al norte, como un gigante candado de granito, esa cordillera de rocas de caprichosas formas cubiertas de eterna nieve, vírgenes las mas de humana planta, ceñida su frente con vaporosas nebli-

nas á través de las cuales, como á través de un velo, veíamos estenderse sin mancha el azulado horizonte del país de Carlomagno. Allí se erguian en toda su imponente pompa los Pirineos!... allí estaba la Madaleta, el coloso en cuyos peñascos habia oido el anciano de los cabellos blancos la fúnebre melodía; allí las Tres hermanas con sus picos gemelos; allí el pico de Mediodia que está 12,222 piés sobre la superficie del mar; allí por fin la cumbre piramidal de Collarada que parece arrastrar en pos de sí otras cien cumbres las cuales se van perdiendo en el horizonte hácia la guerrera Navarra.

Tuvimos últimamente que arrancarnos á aquel deleitoso paisaje y, volviendo á emprender nuestro camino, penetramos en el espeso bosque de pinos que corona como un penacho la cúspide del monte.

No tardamos mucho en llegar al edificio moderno del monasterio, fundado sobre una meseta de media legua de circunferencia que forma el monte. Pocos recuerdos guarda para el artista y el historiador.

Huyendo los monges de los incendios que afligian muy á menudo al monasterio antiguo, situado bajo la peña, edificaron este comenzándolo en 1675 y terminándolo en 1714, teniendo para ello que abrirse sitio en el corazón de la selva como en otro tiempo los infelices constructores de Pano. El exterior del edificio no deja de tener cierto aspecto grave y romántico, pero lo pierde del todo cuando se fijan los ojos en su moderna fábrica de ladrillo cercada de una muralla de poca altura.

Una barroca portada conduce á la iglesia que avergüenza la suntuosidad de muchas catedrales. Por lo demás tiene un espacioso claustro, vastas habitaciones con cocina y jardín para cada monge, palacio para el abad, casas para médico y cirujano, criados, ganaderos etc. Las tropas del capitán del siglo al mando de Suchet incendiaron el edificio á principios de nuestro siglo, y aunque luego se renovó en gran parte, no tardó en volver á quedar abandonado por la espulsion de los monges.

Poco nos detuvimos. Tanto Larrosa como yo estábamos impacientes por llegar á la famosa cueva, objeto principal de nuestro viaje. Cruzamos pues la meseta y empezamos á caminar ladeando un barranco que nos separaba de la cumbre del Cúculo.

Interin efectuábamos esta cortísima caminata, yo recordé la historia del monasterio.

Ya tenemos noticia por los anteriores capítulos de la proteccion que acordó Don García Jimenez, el primer rey de Sobrarbe, á la ermita de San Juan Bautista, y como echó allí los cimientos de una iglesia, deseoso de conver-

en espléndido santuario la cueva donde había retumbado el primer grito de libertad. Los sucesores de García siguieron en esto su ejemplo, y no solo adjudicaron al santuario mucha parte de sus conquistas, sino que le ennoblecieron con singulares mercedes y privilegios.

En la primera época residía allí el único obispo de Aragón asistido por varios ermitaños, hasta 802 en que Don Sancho Garcés, el cuarto rey de Sobrarbe acrecentó el santuario con nuevos edificios y puso en él monjes de San Benito bajo la dirección del abad Transirico.

Muerto poco después dicho monarca, 600 hombres condujeron su cadáver á San Juan de la Peña, acabaron las obras comenzadas y trasladaron á nuevos sepulcros los cuerpos de sus primitivos santos.

Desde entonces ya todos los reyes de Sobrarbe contrajeron la costumbre de retirarse á San Juan de la Peña, siempre que la guerra les concedía algún instante de reposo, y allí acostumbraban á pasar épocas enteras de devoción y penitencia, especialmente en la cuaresma, lo propio que varios caballeros y ricos homes que tenían á orgullo titularse *caballeros y hombres de San Juan* y que, ligados á los monjes por ciertos votos y vínculos de fraternidad, los nombraban herederos caso de morir sin sucesión y se presentaban solícitos á pedir la bendición de su abad antes de partir para el combate.

Así es como San Juan fué engrandeciéndose hasta estenderse su jurisdicción abacial sobre sesenta y cinco monasterios y ciento veinte iglesias seculares.

Tres notables concilios se celebraron en su recinto. El primero, dice Caunedo, en tiempo de Don Sancho el mayor, rey de Navarra que lo presidió; el segundo en el reinado de su hijo Don Ramiro, primer rey de Aragón en 1062 donde se decretó el famoso canon observado por algún tiempo de que los obispos para todo el reino de Aragón se elijiesen de entre los monjes de San Juan de la Peña. El último concilio allí celebrado fué en tiempo del papa Adriano I en donde se acabó la reforma del clero (que fuera el principal objeto de los anteriores) y se decretó la adopción del breviario romano, cuya reforma fué luego propagada á toda España. El abad del celebrado monasterio que nos ocupa, no reconocía otro superior que el papa, tenía voto en los concilios y ocupaba el segundo lugar después de los obispos en las cortes de Aragón.

Muchos santos y escritores salieron de entre sus hijos, prosigue Caunedo; de los primeros son San Godofredo, San Gutisindo y San Iñigo primer abad de Oña, y de los segundos Pedro Marsilio cuya crónica la mas antigua que



S. Juan de la Peña (aragon)